

# El/la catequista, compañer@ de camino

---

*MERCEDES NAVARRO PUERTO*

## **Introducción**

La cercanía del tercer milenio nos invita a realizar el ejercicio necesario de mirar, contemporáneamente, hacia atrás y hacia delante. Tanto en una como en otra dirección nuestro mirar es inevitablemente selectivo. Y en tal selección se adivinan nuestras opciones y nuestros puntos de vista. En este sentido, mi trabajo recupera del pasado y del presente la referencia bíblica, salpicada sin duda de acentos con tinte psicológico. Ésta es mi propia lectura del itinerario formativo que pido de un/a catequista para el milenio que está en las puertas.

El núcleo del tema que me toca elaborar es el acompañamiento, palabra mágica en los círculos en los que nos movemos l@s cristian@s, religios@s y catequistas. Es claro, aunque nada nuevo, que la vida y la fe se viven mejor cuando se va acompañad@. Necesitamos de la compañía. Y necesitamos del acompañamiento, que no se confunde con la compañía. Ésta es fácil de encontrar y no somos demasiado exigentes con ella. El acompañamiento, en cambio, es una tarea que entraña muchas dificultades y requiere un talante humano y cristiano que de ninguna manera puede improvisarse. Por eso necesita de un aprendizaje. Por eso el/a

compañer@ en el camino de la fe, el que pretende realizar tareas de acompañamiento más o menos sistemático, necesita realizar la experiencia y, contemporáneamente, formarse para ello.

Como no es posible tratar ambos momentos a la vez, en el primero abordaré la experiencia del acompañamiento y en el segundo me centraré más en algunos aspectos de la formación que se requiere para acompañar a otr@s. El eje sobre el que elaboraré tanto el uno como el otro será el episodio de Lc 24, 16-35, que conocemos como la historia de los discípulos de Emaús.

## **1.- Un/a compañer@ acompañad@**

En este apartado realizaré un comentario narrativo del episodio de Lucas. Comenzaré por situar, ya de antemano, el rol del lector en tal episodio. A continuación ofreceré un breve apunte acerca del lugar y la función que tales escenas tienen dentro del evangelio, considerando éste en su totalidad y, por último, comentaré el episodio, sin perder de vista que se trata tan sólo de ofrecer un punto de apoyo para el tema general.

### *1.1.- Un lugar para el lector en el camino de Emaús*

Es habitual que los narradores de todos los tiempos conciban estrategias de una gran diversidad imaginativa, a fin de conseguir que su lector virtual se introduzca en el texto y acabe siendo un personaje más de las historias que narra. El narrador de Lc no podía ser menos, así que también hace lo propio. Él piensa en un

lector virtual cuya lectura le estimule a convertirse en discípulo, o, si ya lo es, a reafirmarse como tal. Pero ¿cómo descubre un lector/a de nuestro siglo unas estrategias pensadas en una época tan lejana a la nuestra? ¿qué eficacia pueden tener tales estrategias en lector@s actuales? De esto me quiero ocupar en este primer momento de mi trabajo.

Cuando comienza la historia de los discípulos de Emaús (Lc 24,16) el lector sabe que se trata de una pareja. El narrador nada dice acerca de la respectiva identidad de cada cual. En el primer diálogo, sin embargo, da la palabra a uno de los personajes y añade que su nombre era Cleofás. Ya sabemos algo más. Pero, si en razón de tal información el lector se queda esperando que se le desvele el nombre del segundo discípulo, demostraría no haber entendido la pretensión del narrador a lo largo de todo el evangelio. Será éste el único momento en que se desvela el nombre de un miembro de la pareja de discípulos y el único momento en que habla en singular. De ahí en adelante, en efecto, el narrador les devuelve su condición de pareja y les hace hablar en plural (*ellos dijeron...*) o entre sí (*se decían el uno al otro...*) ¿Por qué se empeña el narrador en dar a conocer uno de los nombres y el otro, en cambio, no? ¿por qué dar un nombre que no es conocido por el lector, que no ha aparecido en el resto del evangelio ni volverá a aparecer? ¿con que motivo omite, en cambio, el nombre del otro compañero?

Ésta es precisamente la pregunta que interesa, la que está invitado a hacerse tod@ lector de cualquier época, porque de su respuesta dependerá la calidad y el grado de implicación en la historia en uno de los niveles que el narrador pretende: el nivel en el que el lector puede convertirse en discípulo.

En efecto, al narrador de Lc le interesa más que el lector perciba el anonimato del discípulo sin nombre, que no que intente identificar al que lleva por nombre Cleofás. En realidad, el nombre de uno está en función del anonimato del otro. Al narrador de Lc le interesa que el lector, en sucesivas lecturas, llegue a descubrir que el discípulo anónimo puede ser él, que su anonimato está pensado, precisamente, para que descubra su lugar dentro de la historia y, una vez descubierto, pueda realizar el recorrido de los discípulos de Emaús en compañía de un Jesús al que debe descubrir desde la óptica de la Pascua. Una vez descubierto este lugar, el lector/a de todos los tiempos queda invitado a recorrer un itinerario experiencial, sin el cual no podrá convertirse en el testigo que Jesús mismo pide de él. Antes de ser compañero, necesita realizar la experiencia de ser acompañado.

De este itinerario nos vamos a ocupar en lo que sigue.

### *1.2.- El camino de acompañamiento*

Nos vamos a centrar, en primer término, en el contexto evangélico del episodio de Emaús y sólo después pasaremos a comentar la historia con el fin que nos ocupa.

- del ver al reconocer

Toda la narración del evangelio de Lc viene a ser una especie de eco de anuncios sobre Jesús, que, como en una cascada, van pasando de unos a otros. Esto se hace patente en los dos primeros capítulos, las historias de la infancia, y en el capítulo final, en las escenas de la resurrección. En el c.24, en efecto, encontramos tres

momentos y tres testimonios progresivos, cuyo fin es la memoria y el reconocimiento: el primero es el episodio de la aparición a las mujeres, con el reconocimiento de un signo: la tumba vacía. En él encontramos el primero de los anuncios de la resurrección de Jesús que los ángeles dirigen a las mujeres (24, 6), las cuales, a su vez, lo comunican a los once y a todos los demás (24, 9-10)<sup>1</sup>.

En seguida, tiene lugar el segundo de los tres testimonios, insertado en la historia de Emaús, donde es el mismo Jesús, como compañero anónimo, el que comunica el anuncio de la resurrección a los discípulos (24, 26) quienes, a su vez, lo llevan al resto que se ha quedado en Jerusalén, una vez que vuelven desde Emaús, recibiendo, a su vez, el anuncio de los apóstoles. En este caso, es decir, en el del episodio de los dos discípulos, el eco del anuncio se remonta hacia atrás y su memoria llega hasta Moisés y los profetas, de modo que en este segundo anuncio, centro de los tres que ocupan el c.24, se cubre el arco completo de la historia bíblica de la salvación, ya que en el comienzo del evangelio quedaba evocada toda la historia de los patriarcas y matriarcas en los anuncios a Zacarías e Isabel y en el anuncio y vocación de María<sup>2</sup>.

Y el tercer y último momento es el de la aparición de Jesús a sus discípulos, en donde el resucitado les anuncia directamente la buena

---

<sup>1</sup> Para la exégesis narrativa del episodio de Emaús, puede consultarse J-N ALETTI, *El arte de contar a Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 1992, pp.155-205.

<sup>2</sup> En Lc 1 el narrador y el ángel Gabriel invitan indirectamente al lector a volver a leer las historias de patriarcas, matriarcas y profetas. En Lc 24, el narrador invita indirectamente al lector a volver a leer las historias bíblicas de Moisés y los profetas.

noticia (24, 46). En todos los casos, el estribillo del anuncio es siempre el mismo: debía ser entregado... crucificado... para resucitar al tercer día.

De este modo, todo el c.24, a la par que describe unos encuentros con Jesús da testimonio de una doble resurrección, la del mismo Jesús y la resurrección de la memoria<sup>3</sup>. La dinámica de todo el capítulo es de una constante progresión:

- vv.1-12: Jesús es declarado vivo a las mujeres. Pero él está ausente. Ellas no lo ven ni a él se le encuentra
- vv.12-33: Jesús se hace extrañamente presente a dos discípulos, pero su presencia no es reconocida hasta que se da a conocer y, justamente entonces, se hace invisible
- vv.34-53: Jesús se hace presente en medio de todos y todas, se da a conocer en el mismo momento y se queda con ellos antes de separarse y dejarles. Ellos y ellas se quedan con gran alegría.

Cuando en Lc 24, 48 Jesús dice: *vosotros sois (seréis) testigos de estas cosas*, el narrador puede dar por cumplido el testimonio ocular del que hablaba en su prólogo (cf. Lc 1, 1-4) y, a partir de ese momento en que termina el ver empírico, comienza el paradigma de la ausencia, otra forma de ver y de testimoniar a Jesús, estrechamente vinculada a la lectura cristológica de las Escrituras. De aquí en adelante, como muestra ya el discurso de Pedro en los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles, el *ver* dejará paso al *reconocer*, que será el único modo de testimoniar la perso-

---

<sup>3</sup> El verbo *recordar* es uno de los que se repiten con mayor frecuencia en estas escenas.

na y la presencia viva de Jesús. El episodio de Emaús, entonces, se convierte en un camino cuyo recorrido enseñará al discípulo o la discípula cómo se puede pasar del ver al reconocer. Ahora ya podemos ir directamente al relato.

- la historia de los discípulos abatidos

Cuando el lector comienza a leer la historia de Emaús parte ya con la ventaja de saber que Jesús ha resucitado y que es él mismo quien acompaña a los que no le reconocen. Este punto de partida es un verdadero privilegio que da la Palabra por encima del ver. El lector tiene una posición de privilegio con respecto a los personajes de la historia. El narrador viene a decirle, ya de antemano, que lo importante no es ver, sino reconocer. Pero vayamos por su paso y hagamos el recorrido con los personajes de las escenas.

La historia comienza con una presentación en la que se dan al lector algunos datos: se trata del mismo día de la resurrección (el tiempo ) y de dos discípulos (personajes, número mínimo exigido para un testimonio oficial), que hacen el camino inverso que habían recorrido con el Maestro. Es decir, salen de Jerusalén, el lugar de destino del camino de Jesús y el lugar en el que han ocurrido los últimos hechos. Conversaban entre ellos dando vueltas a las cosas que habían pasado. El narrador no indica cuál es el estado de ánimo de estos discípulos ni dice todavía cuál es su postura ante tales hechos. Todo esto será revelado poco a poco, a medida que Jesús se hace compañero de ellos y comienzan a conversar con un tercero, saliendo, así, de su propia cerrazón.

Jesús se acerca. Los acompaña en su camino invertido sin advertirles, de antemano y como aquél que más sabe, que se están equi-

vocando. Va con ellos consciente de que yerran en la dirección que han tomado. Jesús resucitado sigue siendo el mismo que en su vida pública nunca quiso imponer su propia verdad. Va a servirles de estímulo, pero va a dejarles libertad para creer, escudriñar dentro de sí y elegir, al final, lo que ellos quieran. Pero, además, nos encontramos con una paradoja y es que la presencia cercana de Jesús anula el intento de los discípulos de alejarse de los hechos poniendo tierra por medio con respecto al lugar. En este sentido, podemos decir que Jesús no les hace fácil la huida. Los lugares en el texto están impregnados de connotaciones de sentido. El narrador en ningún momento indica si el viaje a Emaús tenía alguna razón ni cuál era el motivo. Deja que sea el mismo lector el que saque sus propias conclusiones.

Curiosamente, los discípulos no se extrañan de la compañía del forastero. Veamos un poco más de cerca este último dato del que advierte el narrador, sutilmente, cuando dice al lector que se trata de Jesús, pero que ellos no eran capaces de reconocerlo porque tenían los ojos embotados. ¿Cuál es la causa de tal embotamiento? El lector queda invitado a responder y, posiblemente, se encuentra con varias posibilidades: entender, por ejemplo, que la incapacidad de reconocimiento de los discípulos puede ser debida a los hechos de los últimos días; es decir, al sentimiento de fracaso, o al dolor y tristeza por la muerte de Jesús, al temor, a la desesperanza... Pero el lector puede recordar, también, que esta incapacidad no es nueva. Puede rememorar que ya venía siendo una característica de los discípulos a lo largo de todo el evangelio. De esta forma, la dificultad para reconocer quién es Jesús, en particular cuando él se refiere a los acontecimientos de su pascua, no puede entenderse como un dato aislado, imprevisto o fruto del shock de los

últimos días, o al menos no sólo ni principalmente. Con ello indica el narrador que el hecho de la resurrección no ha cambiado a quienes han vivido todos estos acontecimientos tan de cerca. Más todavía, el lector puede caer en la cuenta de que los hechos de la vida, por más importantes y definitivos que sean, no logran por sí mismos un cambio automático en las personas. Incluso, si se trata de los protagonistas de tales hechos. Las transformaciones, en particular las que atañen a la vida de fe, suelen darse a lo largo de un camino que, a menudo, suele ser lento y erizado de dificultades. Sin proceso no puede haber transformación que se precie de ser sólida.

Y aquí, además, volvemos a encontrar la paradoja entre presencia y ausencia física en lo relativo al reconocimiento. Los discípulos padecen un exceso de cercanía o de familiaridad, que les dificulta la fe. La evidencia de la realidad no sólo no se identifica con la fe, sino que incluso la estorba. El final de la historia corroborará esta afirmación, porque sólo cuando Jesús haya desaparecido de la vista de los discípulos tendrá lugar el reconocimiento; y sólo a través de la evocación que suscita un gesto, un signo, un símbolo, como es el partir el pan, será posible recuperar toda una parte de lo que han vivido con el mismo Jesús, así como el significado que de ello se desprende.

Comienza, ahora, una escena nueva en la historia. Jesús inicia una nueva conversación a partir de una pregunta. Con ella pide permiso, implícitamente, para entrar en la conversación de los discípulos. De este modo, una vez más, Jesús se muestra enormemente respetuoso de la libertad de los otros, incluyendo a los suyos. Una pregunta bien hecha, como todo el mundo sabe, encierra multitud de posibilidades en la comunicación interhumana. Una pregunta

mal hecha, por el contrario, puede bloquear incluso las mínimas posibilidades de contacto y comunicación. Jesús hace una pregunta de apariencia inocente *¿qué es esa conversación que os traéis por el camino?* Con ella, sin embargo, se indican algunas cosas en distintos niveles:

- En el nivel de la historia que se cuenta, Jesús aparece como un personaje que ha observado que van de camino y que van conversando. Su pregunta, por tanto, es una pregunta empática, una estrategia que le permite colocarse en el punto de vista de ellos. En este sentido la pregunta provoca una pausa, que se convierte, a su vez, en ruptura del discurso cerrado que llevaban entremanos. Jesús se presenta como el tercero que permite que el discurso se abra a nuevas posibilidades.
- En el nivel del discurso, más interesante todavía, la mención del camino y de la conversación pone al lector sobre aviso, porque puede evocar todas aquellas conversaciones que habían tenido lugar entre Jesús y los suyos *mientras iban de camino*. El lector ya sabe, en efecto, que el camino de Galilea a Jerusalén ha vertebrado la vida de Jesús, pero en relación con el grupo que lo seguía, conoce que el camino ha sido el lugar de la enseñanza del discipulado. Durante el camino Jesús ha ido instruyendo a los suyos, enseñándoles qué significa ser seguidor@s... Así, el lector espera, gracias a la evocación analéptica del camino, que Jesús, de nuevo, enseñe algo a los dos discípulos.

Volviendo al nivel de la historia, la pregunta, además, tiene una función de feed-back para los discípulos que la escuchan. Por eso provoca dos reacciones en cadena:

1ª reacción: dice el narrador que los discípulos *se detuvieron en- tristecidos*. La pausa es el primer efecto que tiene la pregunta y la empatía de Jesús. Pero, porque se han detenido, se hace posible una mayor conciencia del estado de ánimo que llevan por el camino. Están entristecidos. La empatía de Jesús logra que se muestre el nivel de los sentimientos que acompaña la conversación en la que están enfrascados. Pero, aunque el narrador informa sobre la tristeza de los discípulos, nada dice todavía sobre el motivo, sino que les hace hablar. Ellos, a su vez, responden a Jesús con otra pregunta, que ratifica lo que había dicho el narrador: que no le reconocían.

Esta pregunta, además, deja patente algo que la psicología ha estudiado como un elemento típico de los procesos de duelo, la extrañeza que experimentan los dolientes de que el mundo siga su curso cuando la tragedia ha detenido para ellos el tiempo y la vida. Y muestra, a la vez, esa especie de reacción narcisista extrema por la cual quienes sufren una pérdida importante piensan que todo el mundo debe saber lo que les ha pasado y debe reaccionar del mismo modo en que ellos reaccionan. Los discípulos, en efecto, reaccionan como si lo que ha ocurrido con Jesús, es decir, la ejecución de un condenado por malhechor, no fuera en Jerusalén algo normal y corriente, como si, por el contrario, lo que le ha ocurrido a Jesús fuera algo único y excepcional.

Jesús no responde a la pregunta. De este modo crea una distancia ante la reacción narcisista de los suyos que, repito, es propia del duelo, y que impide situar adecuadamente el alcance de la pérdida sufrida. Jesús se interesa por lo que ha pasado, diciéndoles así, implícitamente, que el mundo no gira en torno a él ni en torno a su

vida, su muerte y su resurrección. Es decir, que ahí no se encuentran las claves de comprensión de su identidad ni de la importancia de lo que ha sido su vida y su pascua.

Jesús, sin embargo, no censura el duelo, que, por otra parte, no solamente es normal, sino que manifiesta el impacto que han recibido por la pérdida de Jesús. Con todo, tal pérdida está nada más que evocada, porque todavía no sabe el lector qué ha significado para ellos la muerte de Jesús, o mejor, el tipo de muerte que ha sufrido Jesús.

2ª reacción: Jesús pregunta de nuevo y, otra vez, desencadena un discurso en el que los discípulos dejan ver lo que ocurre dentro de ellos. La respuesta de los personajes tiene dos momentos diferenciados o dos partes, la primera es la que abarcan los vv.19b-21 y la segunda los vv.22-29.

- la *primera parte* de la respuesta (Lc 24,19b-21) rememora lo ocurrido en voz alta, algo fundamental cuando se trata de integrar todo tipo de pérdida, o, lo que es lo mismo, cuando se intenta elaborar un duelo. Ellos ofrecen a Jesús, un extraño, la versión personal y subjetiva de lo que han vivido. Su discurso, así, consta de unos datos objetivos, comprobables y de otros que tienen que ver más con la experiencia singular de cada uno. Los datos objetivos se refieren a la identidad de Jesús y centran el discurso en él: Jesús nazareno (nombre y origen), profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante el pueblo.

Si cambiamos nuestra perspectiva y del nivel de la historia nos movemos hacia el nivel del discurso y nos fijamos en el lector, nos

daremos cuenta de que los discípulos hacen un resumen de todo lo que muchos de los que han conocido a Jesús, han deducido acerca de su persona, mensaje y acciones: que era un profeta. Ellos, por tanto, dan una interpretación de todo lo que ha sido el evangelio.

A continuación, el discurso se ocupa de los hechos finales, haciendo culpables de tales acontecimientos a los jefes y autoridades israelitas y omitiendo, curiosamente, que todo se desencadenó a partir de la traición de uno de ellos, de Judas. Y omitiendo, también, la parte que ha tenido en ello la autoridad de Roma. Si no es difícil entender la omisión de la participación de los romanos, la otra omisión resulta, cuando menos, sorprendente. ¿Cómo se explica que omitan algo tan fuerte, como la intervención directa de Judas? Podemos imaginar diferentes motivos:

- un primer motivo puede ser la proyección de culpabilidad, que es típica de los procesos de duelo. En el duelo, en efecto, se experimenta una necesidad imperiosa de encontrar culpables, debido a que las pérdidas siempre producen un vivo y flotante sentimiento de culpa en el sujeto. Por eso, el individuo intenta liberarse de tal sentimiento proyectando en culpables externos la propia culpabilidad interna. Es normal que, cuando pasa un poco de tiempo este sentimiento se mitigue o desaparezca, de forma que las cosas quedan situadas en su lugar. Al desaparecer tales sentimientos, también desaparecen las proyecciones que suscita. Es posible que los discípulos vivan este sentimiento de culpa normal y carguen las tintas en los culpables externos al propio grupo.
- Pero hay una segunda posibilidad: que el impacto producido por la traición de Judas haya sorprendido a todos los discípulos de tal manera que se sienten incapaces de elaborar la noticia.

Los relatos apenas si dicen nada de lo que supuso para el grupo la traición de uno de entre sus filas. Es probable, sin embargo, que el grupo se sienta más vulnerable y que, por ello, tienda a defenderse. Sería lógico, entonces, que las culpas internas no se cuenten, precisamente, a un forastero.

Pues bien, después de que los discípulos informan acerca de lo que le ha sucedido a Jesús, el discurso, que había estado centrado en él hasta ese momento, cambia, de pronto, de registro. Lo que hasta ese momento era objetivo, se vuelve ahora experiencia subjetiva, contada en primera persona del plural: *nosotros esperábamos...*(v.21ss.). Los discípulos, entonces, narran lo que ha sido su propio proceso de la esperanza a la desilusión y dejan ver sus expectativas, sus deseos y sus frustraciones. Pero lo más interesante es que todo ello puede salir a la superficie y tiene la posibilidad de ser reconocido e incluso transformado, gracias a Jesús. Una vez más, como había mostrado el resto del evangelio, cada cual puede atreverse a ser él mismo o ella misma en presencia de Jesús, sin sentirse por ello ni culpable ni menospreciado o rechazado.

Las expectativas de los discípulos están todas ancladas en el pasado. Ellas son las que no han permitido entrar a fondo en el presente ni interpretarlo con las claves adecuadas. Y si el presente está obturado por la fuerza de unas expectativas inadecuadas o equivocadas, el futuro sin duda se presenta muy negro. Los discípulos se encuentran todavía aprisionados en esquemas que ya no tienen vigencia: esperaban que Jesús fuera el libertador de Israel. Y, en seguida, añaden el dato cronológico: ya hace tres días de todo esto. Irónicamente, cuando deberían haber interpretado este dato desde

una perspectiva propia del grupo de Jesús, se quedan en el dato objetivo sin darse cuenta de la importancia que tiene ¿cómo no logran ver que éste es precisamente *el tercer día* de las mejores promesas de Jesús, el día en el que Jesús dijo que iba a resucitar? ¿cómo no logran recordar que Jesús estuvo refiriéndose a este día a lo largo de todo el camino de Jerusalén? Esta pregunta será respondida para el lector si éste, a su vez, se pregunta después a qué se debe la transformación de la ceguera de los discípulos.

En el nivel del discurso, el lector puede darse cuenta del grado de ceguera que hay en las expectativas de los discípulos ¿cuándo les ha dado pie el mismo Jesús para que pensarán en tal tipo de liberación? ¿cómo es posible que no hayan entendido su mensaje, sus acciones y el horizonte de sentido del Reinado de Dios? ¿cómo es posible que teniendo todos los elementos delante de los ojos no logren verlos ni encuentren la clave para poder interpretarlos? Al lector no debe costarle esfuerzo alguno ver cómo se están refiriendo al tercer día y la importancia reveladora que conserva en las Escrituras. El lector, en efecto, tiene cada vez más y más datos para ir deduciendo que el problema que presentan los discípulos tiene que ver directamente con su incapacidad para saber leer e interpretar correctamente las Escrituras.

Su ceguera es nada más y nada menos que un problema de interpretación.

- el eco de los relatos

La *segunda parte* de la respuesta comienza en el momento en que cambian, otra vez, el propio registro del discurso y se centran en otros hechos que han sucedido. Pero esta parte de la información, que

deja ver su pequeño punto de sospecha, sólo puede llegar cuando han podido salir afuera las expectativas frustradas que llevaban dentro.

Hacen referencia, ahora, a los anuncios haciéndose eco de los relatos. Ese pequeño punto de sospecha se deja escapar cuando dicen *algunas mujeres nos han sobresaltado*. Ese susto no tiene sentido si no se abrigaba de alguna manera una leve esperanza. Se confirma por tanto, que, en efecto, tienen todos los datos necesarios, pero no se atreven a interpretarlos de forma que puedan acceder a la fe. Se hacen eco del testimonio del sepulcro vacío, de la ausencia del cuerpo. Y se hacen eco, también, del anuncio de las mujeres, que es eco, a su vez, del anuncio de los ángeles. Pero el tono es no solamente escéptico, e incluso incrédulo, sino también impersonal. La primera persona ha sido sustituida por la tercera: *hablaban... decían...* revelando cómo, en efecto, no han asumido ni han creído los diferentes anuncios.

El lector advierte que el testimonio de la pascua es un testimonio que se transmite de forma narrativa, de relato en relato. Y que, como en espejos dentro de espejos (un cierto nivel de *mise en abîme*) esta segunda parte de la respuesta de los dos personajes refleja lo sucedido en Lc 24, 1-15. Los discípulos, ciertamente, no omiten nada, ni siquiera que en el lugar del cuerpo había una palabra que decía que había resucitado, o que algunos de los nuestros, entre los que no incluye a las mujeres<sup>4</sup>, habían intentado corroborar lo que ellas decían y, en efecto, confirmaron su testimonio incluyendo el hecho de que no encontraran su cuerpo.

---

<sup>4</sup> A mi modo de ver este dato interesa para entender hasta qué punto no era valorado el testimonio de las mujeres ¡no las consideraban de *los nuestros!*

Y Jesús, entonces, les reprende con aquellas dos acusaciones sobre esa pared o ese muro que no les permite interpretar: la necedad y la cerrazón. Jesús no se refiere a él, sino que comienza su última gran lección a los suyos, aludiendo a las Escrituras, los profetas y ellos escuchan de su boca, de nuevo, las mismas palabras que habían escuchado cuando estaba vivo y que ahora no cesan de repetir los anuncios y los testimonios: que era preciso que padeciera y muriera para ser resucitado. Pero, no se olvide, Jesús utiliza, una vez más, la pregunta, pregunta retórica en este caso, para respetar la libertad de los suyos para creer, por una parte y para estimularles la inteligencia, por otra. Los efectos, sin embargo, no son inmediatos.

- La luz de las Escrituras

El narrador dice en el v.27 que Jesús, empezando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que de él decían las Escrituras. Debemos distinguir, de nuevo, entre el nivel de la historia y el nivel del discurso, fijándonos en este segundo nivel, precisamente.

Ahora comienzan a tener respuesta algunas de las preguntas que el lector ha podido hacerse. Por ejemplo, cómo los discípulos no saben interpretar algunas de las cosas que ellos mismos han mencionado en sus palabras, cuando las Escrituras hablan de ellas dándoles gran importancia: me refiero a la mención de Jesús como un gran profeta, en obras y palabras y a la mención del tercer día o los tres días que ya habían pasado desde la muerte de Jesús. El lector recordará, sin duda, cómo Jesús, interpretando el texto de Is 61 en la sinagoga de Nazareth (cf Lc 4,16ss) y aludiendo después a Elías y Eliseo, predijo el rechazo de los suyos, como ratificación de su

condición de profeta. Y con relación a los tres días, Jesús, es verdad, lo había predicho por tres veces, pero es que, además, *el tercer día* es, en las Escrituras, una expresión que evoca revelaciones divinas fundamentales para la vida del pueblo. La mayoría de las veces (recuérdese el episodio del Sinaí) evoca momentos en los que nace una época distinta para la historia del pueblo.

Pero el v.27 de nuestra historia de Emaús, deja al lector sin saber en qué consistió esta lección de Jesús. ¿Por qué hurta el narrador al lector, el contenido de esta exégesis, sin duda la más interesante del evangelio, como salida que está de los labios del resucitado? Es indudable que se trata de una de las estrategias del narrador de cara al lector mismo, escrita y desplegada precisamente para él. Porque ¿para qué informar de ello si no se va a contar...? De eso se trata, precisamente: el lector tendrá que hacer por sí mismo la tarea interpretativa que Jesús hace con los suyos. Queda invitado, por tanto, a tomar las Escrituras y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, leerlas de nuevo interpretando en clave cristológica el conjunto de toda la Biblia. Una tarea que, según se desprende de este relato y de esta estrategia particular, es fundamental para poder convertirse en discípulo y poder creer en Jesús resucitado desde las claves y las expectativas que él mismo proporciona. No debemos olvidar que Jesús es el único y autorizado intérprete para realizar esta tarea. El lector, así, debe estar especialmente atento a la focalización de Jesús. Él, de nuevo, en consonancia con lo que de él ha presentado el narrador a lo largo de todo el evangelio, es presentado como verdadero y único exegeta e intérprete del sentido de las Escrituras<sup>5</sup>. Pero, además, tal estrategia prepara al lector para entender el discurso de Pedro en los Hechos. Al leerlo descubrirá a un Pedro nuevo, distinto,

capaz de entender las Escrituras y de interpretarlas partiendo de los acontecimientos pascuales. Toda la Escritura se cumple en Jesús, dirá una y otra vez. ¿Cuándo ha aprendido a hacer Pedro algo así? ¿de dónde lo saca? El lector, entonces, recordará que fue Jesús mismo quien lo hizo para dos de los discípulos y recordará que, al volver de Emaús a Jerusalén, dice el narrador que les contaron a los apóstoles y a los demás cuanto les había sucedido.

- en la aldea y en la mesa

A partir del v.28 comienza una segunda escena. Los discípulos se acercan a la ciudad de destino y Jesús, por última vez, provoca una nueva reacción cuando hace ademán de seguir adelante. Los otros personajes, en efecto, tienen dos reacciones, la primera es la respuesta al gesto de Jesús de seguir su camino y la segunda, al gesto de partir el pan con ellos.

La mención de la caída de la tarde invita al lector a tener en cuenta los diferentes puntos de vista con que se nombra éste día precisamente. Se trata de la tarde del tercer día, según el cómputo que ellos han hecho sobre la base de los acontecimientos y a partir del día de la muerte de Jesús. Ellos están todavía fijados al pasado y fijados a la muerte. Sin embargo, se trata de la tarde del primer día de la semana, según el narrador, que establece así, para su lector, el nuevo cómputo sobre la base de la resurrección de Jesús, centrado, por tanto, en el presente y abierto al futuro. El lector, de este modo, puede establecer la comparación y sacar sus propias conclusiones al respecto, viendo de qué modo el mismo acontecimiento

---

<sup>5</sup> Es lo que hizo ya en el relato de su discurso programático en la sinagoga de Nazareth, Lc 4,16ss.

y el mismo día, tomado desde puntos de vista diferentes, tiene, también, consecuencias muy diversas.

Ellos insisten a Jesús en que se quede y Jesús accede y entra con ellos. Una vez sentados a la mesa, al bendecir el pan, partirlo y repartirlo, se les abren los ojos y le reconocen. En ese mismo momento, Jesús desaparece de su vista.

Para el lector que ha leído todo el evangelio, es patente la continuidad entre el Jesús prepascual, el de las comidas con los suyos, con los pecadores y con los marginados y el Jesús que acaba de resucitar (cf Lc 9). Esta mención de la mesa, el partir el pan, la bendición... evoca en el lector, como debe evocar en los mismos discípulos, el episodio de la última cena (cf Lc 22, 19). Pero el hecho de que se les abrieran los ojos no debe entenderse sólo como resultado inmediato de los gestos de Jesús a la mesa. Los discípulos abren los ojos, es decir, lo reconocen, como resultado final de todo el proceso que comenzó en su desesperanza y dejó paso a la enseñanza de Jesús en las Escrituras y al gesto de la mesa, la compañía y el pan.

Sólo entonces, cuando han recuperado la totalidad del camino de Jesús, pueden recuperar la vista perdida por el embotamiento del exceso de cercanía y familiaridad (tiempo de su vida pública) y por la experiencia de duelo. Y, a propósito de tal experiencia, conviene darse cuenta de que, en realidad, los discípulos no muestran sentir tanto la pérdida de la persona de Jesús, cuanto la pérdida o frustración de sus concretas y equivocadas expectativas y esperanzas.

El reconocimiento de la presencia de Jesús hace que los discípulos recuperen los verdaderos signos de tal presencia en ellos. Curiosamente, no hacen alusión a los gestos de la mesa, sino a la conversación por el camino y la explicación de las Escrituras *¿no ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las Escrituras...?* Es decir, aluden a la Palabra. De esta manera, el narrador indica a su lector que ésta y no otra es la presencia viva de Jesús, la que llega a través de su palabra; la Palabra de la Escritura misma. Y, así, lector y personajes no están demasiado distantes en lo que se refiere a la fe. Si ellos, los discípulos del tiempo de Jesús, han tenido que esperar a quedarse en la desnudez de la ausencia física para recuperar su presencia por la Palabra en la que él sigue vivo, los lectores, que sólo cuentan con la Palabra, que no tienen otra cosa más que ella, se encuentran en la misma situación. Y el encuentro con Jesús, entonces, no tiene más posibilidad que acontecer en y a través de ella. Y, con ella, están también la mesa y el gesto sobre el pan, la compañía, la hermandad y el comer juntos.

Las primeras emociones de los discípulos, contadas por el narrador como tristeza, se han convertido, ahora, en boca misma de los personajes, en ardor del corazón. Pero esto se recupera a posteriori, no mientras estaba ocurriendo y es que cuando se viven las cosas, no siempre se sabe que se están viviendo. La toma de conciencia suele realizarse a posteriori y, sobre todo, mediante la narración.

Una última reacción, todavía, sigue a la toma de conciencia de los sentimientos y afectos: la conducta de volver a Jerusalén. Allí se reanudan los ecos del anuncio con el testimonio de los que se habían quedado que, ahora, dicen cómo se ha aparecido a Simón y cuya forma es precisamente la fórmula del anuncio: verdadera-

mente el Señor ha resucitado. Entonces, dice la voz del narrador, los dos discípulos narraron lo que les había sucedido. Y es ahora, en la voz del narrador, cuando se dice que ellos reconocieron a Jesús en el momento de partir el pan, uniendo de este modo la primera interpretación de los personajes, centrada en la Palabra, con la elaboración posterior, que alude a la mesa y al pan.

La vuelta a Jerusalén es índice de su entrada en la dimensión de la pascua. El camino de vuelta es un camino con un doble propósito: la narración y el anuncio, y la confesión de fe. Y, con esto, muestra la verdadera actitud, en la que está presente cada uno de sus componentes en relación armónica. Es decir, a) el elemento cognitivo, a través de la lección de exégesis de Jesús; b) el elemento afectivo, a través de la reacción afectiva que produce su cercanía y que ellos expresan como arderles el corazón y c) el elemento del comportamiento, con su vuelta a Jerusalén deshaciendo de una manera nueva el camino hecho.

- el paradigma del ver y del reconocer

Recuperamos, ahora, siquiera brevemente, cuanto íbamos anotando a lo largo de nuestro comentario del relato, acerca del ver y el reconocer.

En el primer episodio del c.24 (vv.1-12) el narrador no ha mencionado ni una sola vez el verbo *ver*, evitando adrede tal vocabulario al referirse a Jesús. Cuando Pedro va a la tumba lo único que ve son las vendas en el suelo.

En el segundo episodio (vv.16-35) el narrador juega con el verbo *ver* utilizando sutilmente la ironía y la paradoja: en el v. 16 dice el

narrador que Jesús va con ellos, pero no le ven. Luego, en el v. 31, se les abren los ojos pero ven que no está, es decir, que en realidad no le ven. El reconocimiento devuelve a Jesús, paradójicamente, a la invisibilidad.

En el tercer episodio, cuando Jesús se les aparece, se cuenta la reacción de temor e incredulidad de los discípulos que creen estar viendo un fantasma. Entonces Jesús les pide que utilicen el tacto, a fin de reforzarles la percepción. ¿Cómo se entiende que el narrador haya puesto especial cuidado con el campo semántico del ver, en los episodios primero y segundo, y ahora, sin embargo, se salte sus propias reglas incluyendo el verbo ver, reforzado por el tocar? La razón, evidentemente, es que ahora este ver físico ha pasado por una purificación, de forma que no puede identificarse con el ver de los episodios primero y segundo. En el episodio de Emaús los discípulos ven sin reconocer. Entre ver y reconocer Jesús introduce la Palabra escrita, las Escrituras, su lección de exégesis. Y esta Palabra es la que los transforma, la que les mueve el afecto. La fracción del pan, es preciso repetirlo, es la ocasión, no la causa del reconocimiento. Ahora, por tanto, ya están preparados para *ver* de otra manera. Este *ver* es ya *reconocer*. Se ha dado el salto a la fe. De todo ello, de sus resultados y consecuencias, dará cumplida cuenta el libro de los Hechos.

En resumen, Jesús muestra en la historia de Emaús que su presencia no está ligada necesariamente al reconocimiento, algo de lo que ya ha podido darse cuenta el mismo lector, cuando ha ido contemplando a lo largo del evangelio, cómo los signos, los gestos y la presencia física de Jesús, no han provocado de necesidad el reconocimiento y la fe de quienes estaban más cerca.

- El episodio pretende unir la muerte y la glorificación de Jesús con la coherencia de las Escrituras y el destino del mismo Jesús. Tal unidad pide de los discípulos y de los lectores crear comunidad a partir de la presencia de Jesús en la Palabra y en la relación
- Se pide, también, que discípulos y lectores realicen una doble transformación, la transformación interior por la lectura e interpretación cristológica de las Escrituras y la transformación exterior, por el relato, anuncio, testimonio y gesto sencillo del compartir la mesa y el pan.
- Al final (vv.32.35), la experiencia y la narración de los discípulos a todos los demás reflejan la experiencia de transformación vivida en *el camino*, signo e imagen de ese otro camino realizado a través de las Escrituras, largo, pero necesario a fin de que se abran los ojos, el corazón y la inteligencia. Un camino realizado en compañía de Jesús, que es el que ha permitido y resucitado ese viaje.
- El lector se queda sin conocer el contenido de este recorrido por las Escrituras, aunque conoce los efectos y la transformación que produce. El narrador le deja, adrede, con el suspense, al menos hasta los primeros capítulos del libro de los Hechos de los Apóstoles, porque, en definitiva, se trata de un itinerario que debe hacer cada cual, leer las Escrituras desde Jesús, algo así como una *lectio divina*, cuya experiencia es única e intransferible, a pesar de que puede y debe llevarse a cabo en compañía, en hermandad, en comunidad.

### *1.3.- El/la catequista compañero de camino*

Aunque no voy a enumerar todas las consecuencias que se derivan del comentario del texto, porque el lector/a mismo ha podido irlo haciendo, me permito unas cuantas observaciones al hilo de la historia.

- compañer@ de Cleofás

El/la catequista es compañero de camino, sí, pero antes de identificarse con el compañero Jesús, es bueno que se sienta identificado con el anónimo compañero de Cleofás. Esta identificación tiene su importancia de cara a la experiencia de la catequesis. El/la catequista es alguien que vive las experiencias de la fe en las mismas duras condiciones en que se halla este personaje anónimo. Se encuentra vulnerable ante los acontecimientos de la vida que ponen en crisis sus más serias convicciones. Se encuentra, a menudo, vulnerado por pérdidas importantes que afectan de modo grave a su fe y que hacen tambalear sus esperanzas. Experiencias personales, individuales y experiencias de la propia comunidad. Experiencias que le tocan en sus afectos y experiencias que tienen que ver con la iglesia, la misión, el evangelio...

Es imprescindible que el/la catequista tome conciencia de estas situaciones y que, gracias a la presencia de Jesús, se permita reconocerlas tal cual. Es decir, gracias al otro gran compañero de camino que es Jesús, no tiene necesidad ni de negar, ocultar o suavizar la dureza de gran parte de la realidad. Las cosas son como son y sólo cuando se toma conciencia de ellas, puede comenzar el proceso de interpretación que puede llegar a transformarlas. El episodio de Emaús da permiso a tod@ cristian@ para vivir la vida en

sus múltiples altibajos, de forma que no es preciso espiritualizar (en sentido negativo).

Con frecuencia, paradójicamente, son otros compañeros de camino, no interesados en la fe de Jesús ni en el Reinado de Dios, los que nos obligan a mirar la vida, porque con frecuencia, a base de insanos espiritualismos, que mucha gente busca por escapismo, pero que no hace bien a la necesidad de esperanza que ronda a nuestro mundo, nos dicen: mira el mundo y dime cómo es posible que tú seas el único *extraterrestre* que no te has enterado de lo que ocurre...

Tarea del/la catequista será tener los pies en el suelo, para poder ayudar a otros a que aterricen en la realidad. En ella y de camino, estaremos tod@s acompañad@s por Jesús.

Much@s catequistas de entre nosotr@s tienen una experiencia semejante a la de Cleofás y su compañero anónimo: hace tanto tiempo que ocurrió lo de Jesús, tanto tiempo que la Iglesia lo ha hecho presente... y sin embargo, tan pocas cosas han cambiado de verdad... El evangelio resulta tan utópico, tan inalcanzable, tan poco práctico... Teníamos tantas expectativas sobre todo después del Vaticano II, del mayo francés, del despliegue solidario de las ONGs, de la creciente conciencia mundial de las desigualdades sociales... pensábamos que lo de Jesús y su Iglesia tenía futuro. Lo pensábamos de verdad. Y ahora, sin embargo, nos sentimos aplastad@s por las evidencias, es decir, por el peso y el influjo del neoliberalismo, de la economía, los intereses políticos... aplastad@s por la inercia de la gente, la conciencia borreguil de las masas, la necesidad de seguridad y de control de las iglesias...

Jesús, el tercer compañero, nunca dirá al compañero de Cleofás que está equivocad@, que su percepción de la realidad es errónea ni siquiera que peca de exceso de realismo... Porque este tercer compañero sigue haciendo preguntas que tienen que ver con la vida, con la realidad tal y como es.

El/la catequista, por lo tanto, queda invitad@ a permanecer en la realidad, a tener los ojos abiertos para percibir. Pero, a la par, como también queda expuest@ a la tentación de alejarse del lugar de los acontecimientos, a salir en la dirección opuesta, para librarse del peso de la realidad. Como tiene la tentación de encerrarse en sí y cerrar el horizonte y creer que ve, cuando en realidad se está volviendo ciego@ por exceso de realismo, o a fuerza de hablar y hablar de lo mal que están las cosas, queda invitad@ a dejarse acompañar por un tercero que le haga preguntas empáticas y terapéuticas. Tiene necesidad, en efecto, de ser acompañad@.

En la práctica significa que sería importante, e incluso urgente, dada la situación de nuestra realidad personal, los conflictos en las relaciones y la convivencia, la desesperanza que se alimenta desde tantos ángulos, la realidad eclesial, los dolores de nuestro mundo... el acompañamiento sistemático. No es posible que no haya acompañantes. El problema, tal vez, es que tenemos miedo de que estén y ejerzan de tales con nosotr@s. Hay, de hecho, muchas mujeres con posibilidad de serlo al estilo de ese Jesús, tercer acompañante en el camino. Los varones tienen más dificultad en situarse en esa especial compañía que implica la *pregunta empática* que no niega la realidad, que permite que surjan el dolor y la desesperanza en la palabra y en los afectos, sin emitir un juicio ni tener las respuestas de antemano, cuando ni siquiera han sido formuladas

las preguntas oportunas. Esas preguntas que, a su vez, suscitan otras y permiten el diálogo y todo lo que viene con él.

## **2.- La formación del/la catequista como acompañ@ de camino**

### *2.1.- Primer momento: discípu@ acompañad@*

Aunque he ido refiriéndome a este momento a lo largo de cuanto queda dicho, no estará mal repetirlo en un cierto orden sistemático. Es, sin duda, el primer momento de formación que se requiere de cualquier catequista que se prepara para ser acompañ@ de camino de otr@s cristian@s y de l@s que no lo son, pero se encuentran en búsqueda.

Hay roles y tareas que sólo pueden aprenderse cuando el sujeto ha pasado por la experiencia de aquello que va a transmitir. Es el caso de realidades tan distintas como, por ejemplo, los procesos que se piden en el proyecto hombre o el aprendizaje que se requiere para ser un buen sufrólog@ o un buen psicoanalista. Todo el mundo sabe que no se puede ejercer el psicoanálisis si el/la psicoanalista no ha pasado, a su vez, por el *análisis didáctico*. El acompañamiento que puede ser requerido de un/a catequista, requiere, a su vez, la experiencia formativa de haber sido acompañad@. Esta necesidad brota del carácter experiencial y existencial de la fe, por una parte, y de la naturaleza relacional de la tarea del acompañamiento, por otra.

Sería demasiado extenso detenerse en los riesgos que la falta de acompañamiento formativo entraña, pero me permito recordar algunos desde lo que dice la misma praxis.

En primer lugar, la falta de acompañamiento sistemático y empático, haría del/la catequista un compañer@ clericalizado, es decir, alguien con la consciencia de una autoridad venida directamente de lo alto, que mira la realidad desde arriba, que se siente separado del mundo al que considera lugar de su misión, pero en el que no sabe bien cómo situarse y al que considera inferior (o malo, negativo, pecaminoso..) en una determinada escala jerárquica. Esta visión, típica de ese sacralismo, opuesto a lo profano, que caracteriza el clericalismo, impide un acompañamiento impregnado del estilo del Jesús compañero de los discípulos que se dirigen a Emaús. Este estilo no tiene nada de clerical, prepotente, arrogante... ni se manifiesta desde posturas de superioridad. No debe olvidarse que el único que sabe que se trata de Jesús es el lector, por tanto, en el nivel del discurso. Pero en la historia, Jesús no revela su identidad sino que permanece, pedagógicamente, en un necesario anonimato. ¿Cómo, sinó, permitiría y estimularía la libertad de los suyos?

En segundo lugar, la falta de acompañamiento sistemático y empático dificultaría que el/la catequista compañer@ tuviera la necesaria agilidad para manejar los conflictos propios de una relación nada sencilla, puesto que siendo asimétrica por naturaleza, debe ser, a la par empática. Esto hace de ella una relación en la que seguramente se harán presentes ciertos conflictos transferenciales. El acompañamiento del/la compañer@, es decir, del propi@ catequista, puede ayudar a conocerse de tal manera que pueda estar atent@ a tales conflictos e ir aprendiendo a resolverlos sin perjudicar a la otra persona a la que se acompaña.

En tercer lugar, la falta de acompañamiento sistemático y empático, dificultaría en el/la catequista la conciencia de la realidad, porque

le mantendría en la ignorancia de lo que ocurre; tal es la capacidad que tenemos los humanos para engañarnos a nosotr@s mism@s. El/la catequista compañer@ que es, a su vez, acompañad@, tiene la posibilidad de confrontar, discernir, verbalizar, ampliar su campo de conciencia, alimentar su propia fe y ser ayudado a integrarla con la vida.

## 2.2.- *Discípul@ acompañante*

De modo contemporáneo a su proceso de acompañamiento personal (porque es algo que no termina nunca), el/la catequista acompaña a otras personas, de forma más o menos sistemática. A mi modo de ver, su formación tendría que pasar por los siguientes estadios, requeridos por el modelo que traza el compañero de los discípulos de Emaús.

Primero, recopilando cuanto queda dicho arriba, se requiere una formación acerca de la realidad que implica un aprendizaje de los instrumentos para su análisis, pero teniendo en cuenta que la misma persona debe sentirse implicada en tales análisis.

Segundo, un aprendizaje de la relación empática con las otras personas. Ya existen por ahí diversos métodos de entrenamiento<sup>6</sup>. Se requiere, repito, entrenamiento y paciencia. Aunque es necesario tener algunas nociones teóricas, lo fundamental es la práctica, supervisada si es posible, auto-supervisada si no existe

---

<sup>6</sup> El más popular sigue siendo el método no directivo centrado en el cliente de C. Rogers, pero en la actualidad se conocen otros de igual o mayor interés. Puede consultarse al respecto I. BAUMGARTNER, *Psicología pastoral*, DDB, Bilbao 1997, así como A. BISSI, *Madurez humana. Camino de trascendencia*, S.E. Atenas, Madrid 1996.

otro remedio. En nuestros medios siempre hay una posibilidad puesto que l@s catequistas rara vez van por libre, sino que más bien se encuentran en grupos ya sea en las parroquias o en otros centros. Estos grupos o, las comunidades en su caso, son el lugar ideal para la formación en la relación de ayuda o de acompañamiento empático y para la supervisión de la praxis en quienes lo practican.

Tercero, y de particular importancia, es el aprendizaje en la lectura e interpretación de las Escrituras, el gran obstáculo con el que se encuentra Jesús ante sus discípulos y uno de los grandes escollos con los que nos encontramos en todo proceso acompañado y de acompañamiento. Todavía no hay suficientes círculos bíblicos ni bastan las escuelas o grupos en los que se enseñan las claves para una lectura, interpretación y vivencia de la Palabra. Y esto es imprescindible para la formación de un/a catequista que pretenda acompañar a otra gente en el camino de la vida y de la fe, sobre todo si miramos a los años futuros.

Las Escrituras le avivan la fe, porque en ella se encuentra la presencia viva de Jesús. La Palabra le brinda el gran instrumento a través del cual alimenta su fe encarnada e histórica, su sano realismo, la esperanza cristiana más auténtica, el respeto profundo por la libertad de la persona y por la complejidad del ser humano y su punto de referencia para poder interpretar la vida a la luz de la fe y ésta, de nuevo, a la luz de la vida. Un flujo y reflujo que no se realiza, ni mucho menos, automáticamente. Un aprendizaje que requiere conciencia de la distancia histórica, social y cultural que separa el mundo bíblico del nuestro, conciencia de la mediación y el esfuerzo que supone la interpretación, pero a la par, del tesoro que en todo ello se encuentra.

### *2.3.- Compañero/a ausente y presente, a la vez*

Uno de los elementos en los que hemos insistido con más fuerza, porque así lo requería el mismo relato de Emaús, era el paradigma del ver, junto con su transformación en el reconocer. Y del texto se deducía sin dificultad, que dos eran los factores que permitían tal cambio en los discípulos: el primero, el factor de la Palabra, que se convertía en el símbolo de la presencia viva de Jesús. El segundo, estrechamente vinculado al primero, es el factor de la paradoja de la presencia a través de la ausencia. Pues bien, el proceso formativo de un/a catequista debe integrar el aprendizaje de ambos factores. El primero, el factor de la Palabra, ya ha quedado mencionado. Nos ocuparemos del segundo, el de la ausencia en su relación con la presencia.

A menudo, como indica mucho del vocabulario que empleamos para nombrar todo lo cristiano, olvidamos que nuestra fe se encuentra apoyada en el paradigma de la ausencia. De tal paradigma nace y sobre él se configura a lo largo de los siglos. La gran ausencia no se refiere solamente al hecho de la muerte de Jesús, sino a la tumba vacía. En el lugar donde estaba su cuerpo, los evangelios colocan un anuncio, una palabra. Y, en adelante, ella es el cimiento sobre el que se construye y se sostiene nuestra fe. Pero tal ausencia del cuerpo, queda sustituida por el símbolo humano por excelencia, el símbolo de la Palabra. El paradigma de la ausencia, por ello, es paradójico, porque sólo gracias a ella se hace posible la presencia viva de Jesús resucitado en la Palabra.

Este paradigma paradójico tiene sus consecuencias. Requiere del seguidor/a de Jesús el equilibrio continuo y tenso entre ambos polos,

sin perder ninguno. Es verdad que Jesús no está. Pero no es menos verdad que está. Es cierto que murió. También lo es, sin embargo, que sigue vivo. Esta tensión que suscita la paradoja y que remite continuamente a la Palabra, sugiere, en la praxis, varias cosas:

- el respeto y la libertad de Alguien a quien no se puede manipular, porque está ausente. Pero, a la par, hace posible, como bien indica la historia y el momento presente, que su Palabra, única forma de presencia, puede ser manipulada en un continuo intento de control. Pide, por tanto, la vigilancia y la honestidad con la ausencia y la presencia. Un/a catequista, en virtud de la paradoja de la presencia en la ausencia, queda invitado a formarse en la honestidad que le llevará a no manipular la Palabra. Queda invitado, así, a mantener una actitud de vigilancia

- la presencia en la ausencia, sugiere el nacimiento de otra gran paradoja: la vulnerabilidad y debilidad, en la que se asienta la verdadera fortaleza cristiana y de la que ya hablaba Pablo partiendo de su particular vivencia. El mensaje de Jesús, puesto que no descansa sobre evidencias sino sobre la fe, es, por definición, débil y vulnerable. Pero sólo experimentando y aceptando esta premisa tiene lugar la experiencia de la fuerza y el poder que reviste esta fe y de la que puede dotarse al símbolo de la Palabra y, conjuntamente, al de los signos y los ritos. El/la catequista queda invitado, así, a formarse en la experiencia de esta paradoja. No resulta fácil aprender a perderle el miedo a la debilidad y aprender a confiar en la fuerza que se esconde en la vulnerabilidad. Quien lo experimenta, sin embargo, se encuentra cerca de lo que significa la libertad cristiana. Y esta libertad se expande como un perfume y se contagia como un virus. Desgraciadamente, no contamos con abundancia de ejemplos.

- Sugiere, también, el aprendizaje de la pluralidad, tanto desde el punto de vista interno a la vida de la iglesia, como desde el punto de vista externo, en relación con la cultura. Desde el momento en que la presencia viva en la cual asentamos nuestra fe es un símbolo, el de la Palabra, y un signo, el de la Eucaristía, con toda la fuerza que de ello se deriva, quedamos tod@s emplazados para aprender a convivir con la pluralidad de las interpretaciones. No se trata solamente de que sean inevitables, sino de que o es así o ahogamos y matamos el símbolo y el signo. La pluralidad interna de las interpretaciones y la pluralidad que viene de fuera de la fe. Este paradigma de la presencia en la ausencia, nos introduce de lleno en la cultura y en la historia.

De todo cuanto queda dicho y a semejanza de lo que ocurre en el episodio de Emaús, podemos deducir que el/la catequista necesitará realizar un aprendizaje en el que él o ella misma tenga que vivir la tensión de la paradoja de la presencia en la ausencia con las personas a las que acompañe. Esto significa que su acompañamiento puede ser percibido por la persona como necesario, pero nunca como imprescindible. No es sencillo, sin embargo. Por eso resulta tan importante aprender a conocerse y saber con qué recursos cuenta cada cual. Es fácil que el conflicto sea provocado por el deseo de hacerse imprescindible en la vida de cualquiera de los sujetos acompañados. Pero también puede darse que, por el contrario, el sujeto acompañante trate de defenderse continuamente de ese deseo, evitando la implicación personal, para no tener nunca que sufrir por romper, despedirse. En los dos casos al acompañante o al compañer@ de camino, le cuesta dejar que la Palabra y otras personas, ocupen el lugar que dejará la propia ausencia.

Esta necesaria vigilancia no se opone a un sano protagonismo. Cada acompañante o cada compañer@ debe estar lo suficientemente afirmado en su yo, como para no caer en las trampas de la inflación narcisista del yo ni en su contrario, que suele esconder aquello de lo que se huye y que se manifiesta, a veces, en un intento compulsivo de sustituir lo perdido con otro semejante. Ante esto habría que estar alerta. Por éstas y por otras razones, es obvio que no resulta fácil saber estar. Se aprende en el ejercicio y en el acompañamiento, a su vez, del acompañante.

Los acompañamientos, generalmente, tienen un final. La separación, el final de un proceso o una ruptura necesaria o conveniente, conllevan un, cuando menos, leve proceso de duelo por la pérdida. Y está bien darse cuenta de ello para poder elaborarlo. Convivimos tan de continuo con los sucesivos duelos, por tantas pérdidas como nos depara la vida, que casi ni las notamos. Pero cuando estas pérdidas influyen en los demás, es bueno que les prestemos atención.

El/la catequista que se atreva a vivir la aventura de ser acompañad@ y, a su vez, brindarse como compañer@ de camino cristiano de otras personas, jóvenes sobre todo, verá su vida hacerse más y más rica, aunque también más y más compleja como no podría ser menos. Y aprenderá por experiencia propia, que su corazón también ardía al reconocer, sin saberlo, la presencia del Señor y al escuchar su Palabra, una vez y otra, como si fuera recién estrenada. Pero esto le ocurre nada más que a l@s atrevid@s.